

Dijo el doctor: y fiando
 Del Señor en la clemencia,
 Al par que de su conciencia
 En la fé y en la rectitud,
 Cerró el camarín y fuése
 Del baron hácia el castillo,
 Del licor de su frasquillo
 Pronto á ensayar la virtud.

Mas le entretuvo sin duda
 Quehacer de mucha importancia;
 Porque siendo la distancia
 Tan corta como lo es
 Desde su casa á la torre,
 No llegó al pié de la cuesta
 En que está la torre puesta
 Hasta la tarde á las tres.

IV.

Le esperaba el baron con impaciencia
 Ansiando el curso acelerar del día;
 Puesto que por la estraña conferencia
 Que en él con el doctor tenido habia,
 Que se encerraba acaso comprendia
 La salud de Don Cárlos en su ciencia;
 Pues siempre al fin la vanidad se humilla
 Ante el saber ó la virtud sencilla.
 Su vanidad (que él funda en su nobleza,
 Pero que vé que mantener no puede
 En la mediocridad de la riqueza
 De un patrimonio que al menor no escede
 De un labrador de la comarca,) cede
 Ante la idea en su memoria fija
 De que dijo el Doctor que su hijo Cárlos
 Era marido indigno de su hija,
 Porque alcanza en lo noble á una princesa
 Y cuenta por millones
 Mas oro del que pesa;
 Y el baron que lo vé y lo juzga todo

A la luz de sus míseras pasiones,
 Cree que el doctor cuyo caudal engruesa
 A favor del poder de administrarlos,
 No la quiere casar por no soltarlos.
 Y desde el día en que vibró en su oído
 Y entró en su corazón de sus doblones
 La dulce idea y el gentil sonido,
 Ansioso de atraparlos,
 El mezquino baron arrepentido
 Sintió no haber sabido adivinarlos;
 Y empezó á andar en cálculos perdido,
 Viendo como anudar sus relaciones
 Con una novia de tan buen partido.
 Volvió en esto Don Carlos, mas su estado
 De alienación mental echó por tierra
 Las torres que en el aire había fundado;
 Y por mucho que al áncora se aferra
 De la esperanza, cuyo cable asido
 Por su mano una vez nunca ha soltado,
 El porvenir á su ambición se cierra
 Cada momento más, y anda sin norte
 De sus discursos en el mar sumido;
 Sacando nada mas en su conciencia
 Por única y precisa consecuencia
 Que, si mozo, galán, quisto en la corte,
 Y del rey estimado no le quiso,
 Porque aun juzgó muy poco
 Para Rosa á Don Carlos, es preciso
 Que todo plan de diplomacia aborta
 Con el doctor sagaz, que ve hoy á su hijo

Pobre, olvidado, sin favor y loco.
 Mil veces el baron allá á sus solas
 Luchar dentro de su alma había sentido
 De su arrogancia y su interés las olas:
 Mas su orgullo domar no había podido.
 Digo de su interés, porque es sabido
 Que el hombre codicioso de dinero,
 En todo cuanto emprende y se propone
 Y en cualquier situación en que se encuentre,
 El sentimiento al interés postpone;
 Y en todo cuanto intenta es fuerza que entre
 Su interés víl como motor primero.
 Hé aquí porque el baron, aunque adoraba
 A su hijo, de vista no perdía
 El interés que reportar podía
 Si con mujer tan rica se casaba;
 Y el matrimonio así considerado
 Como negocio mercantil, veía
 Que su hijo, loco, de valor menguaba,
 Puesto que era un efecto ya avergado.
 No obstante, veces mil le había ocurrido
 Que aquel doctor excéntrico y severo,
 Mas según voz comun caritativo
 Por igual con el noble y el pechero,
 Como el mismo baron diera la cara
 Y quisiera humillar su génio altivo
 Al doctor, era casi positivo
 Que de curar á Carlos se encargara.
 Mas siempre que sobre esto discurria
 Bajo el influjo del amor paterno,

Llevado al par por el influjo interno
 Del interés que sus acciones guía,
 El baron á sí mismo se decia:
 " El trato del doctor con el enfermo
 " Debe enjendrar entre ambos simpatía:
 " Debe crear entre ambos un cariño
 " Como el que cobra la nodriza al niño
 " Que con la leche de sus pechos cria.
 " ¿Quién sabe si el doctor tratando á Cárlos
 " Le cobrará cariño?... y si se estrecha
 " La amistad en los dos, lo de la boda
 " Con un poco de tacto es cosa hecha:
 " Mas la dificultad es amistarlos:
 " En eso estriba toda;
 " Pues si al médico yo me bajo y cedo,
 " De un segundo desaire tengo miedo."
 Pero andaba muy fuera de camino
 El baron que egoísta le creia,
 Y el alma noble del doctor media
 De su alma ruin con el nivel mezquino.
 Aquel doctor incógnito, extranjero,
 Que ni aun trazas de hidalgo manifiesta,
 Que anda á pié como ignoble pordiosero,
 Empero que tan alta tiene puesta
 Su vanidad, que con orgullo loco
 Vino un día á decirle descarado
 Que Don Cárlos, de su hija enamorado,
 Para el amor de su hija era muy poco;
 Aquel viejo tenaz, mal humorado,
 Que en sus propios hogares insultado

Sin respeto le habia,
 Y de su hogar tal vez habia arrojado
 La hija para quien poco les creia:
 Aquel doctor que, sin oir razones,
 Decidiendo á su antojo y bruscamente
 Las mas árduas cuestiones,
 Del mundo y de su gente
 Tenia tan estrañas opiniones,
 Que trataba de cosa ínfima ó nécia
 Cuanto el hombre social en más aprecia,
 Llamando ceguedad, supersticiones,
 Ignorancia infantil, insuficiente
 Vanidad, al saber mas eminente,
 Leyes, razas, costumbres, religiones
 Con tachas señalando y correcciones;
 Aquel doctor, en fin, que aunque ejercia
 Su profesion, curaba á los enfermos
 No de ciudades ricas, populosas
 Donde lucrar con su saber podia,
 Sinó de las aldeas y los yermos
 Donde nada por ello recibia;
 Aquel doctor de incógnita existencia,
 Modelo de salvaje independenciam,
 Que con la sociedad y con el mundo
 Transijir no dejando á su conciencia,
 De ellas con el desprecio mas profundo
 Está pronto á morir si llega el día,
 Mártir de su opinion y de su ciencia,
 Cuando acudiera á él ¿qué le diria?
 A él, á quien antes con desdén le dijo

Que á su hijo Don Carlos no quería
 Por la sola razon de ser su hijo.
 Tal pensaba el baron, pero juzgaba
 Mal al doctor, que excéntrico, estrangero,
 Misterioso para él é incomprensible,
 Era en sus opiniones muy severo;
 Mas pronto y asequible
 A todo bien, cristiano y caballero,
 Tiene opiniones en verdad estrañas,
 Crèencias en las cuales se le opone
 Su siglo ¿pero cuál no créé en patrañas,
 Que el que le sigue como error depone,
 De su crítica fria y concienzuda
 Metiendo el escalpel en las entrañas
 De los pasados tiempos y sus hombres:
 Y escudriña el valor de sus hazañas
 Y el poder y la fama de sus nombres;
 Y á la luz de sus nuevos adelantos
 Disipando la sombra de la duda,
 Destila del crisol de su justicia
 La pura esencia y la verdad desnuda;
 Y salen á la luz del siglo nuevo
 Tal vez malvados los creidos santos,
 Virtud tal vez la que creyó malicia?
 Y con miles de ejemplos no lo pruebo
 Por no ser de este libro y haber tantos.
 Y por eso el doctor, hombre nacido
 Tres siglos antes que nacer debia,
 Juzgaba la centuria en que vivia
 Por la en la cual nacer habia debido.

Y como suele á los que mucho avanzan
 Acontecer, los que detrás se quedan
 Viendo que con los piés no les alcanzan
 Les tiran piedras que alcanzarles puedan:
 Así por avanzadas opiniones
 Que en su siglo pasaron por quimeras,
 Heregias, blasfemias, y visiones
 Diabólicas, y que hoy por verdaderas
 Se profesan en todas las naciones,
 Quemó la inquisicion en sus hogueras
 Sábios que hubieran hecho con sus juicios
 A su edad y á la de hoy grandes servicios.
 Tal era mi doctor, tras quien sin duda
 El *susodicho* tribunal anduvo;
 Y si no le quemó, ya se supone
 Que fué porque á las manos no le hubo;
 Pues aunque á nadie su opinion impone
 No es la que el *santo tribunal* propone;
 Y su noble conducta, consecuencia
 De sus exageradas opiniones,
 Prueba que no las funda en cosa vana,
 Pues aplica su fé, su oro y su ciencia
 Al bien y alivio de la raza humana;
 Segun las exagera su creencia,
 Es verdad: mas conforme á su conciencia,
 Segun la ley y caridad cristiana.
 Así es que al punto en que el baron, no importa
 Si de interés recóndito movido
 O del paterno amor, se ha decidido
 A implorar su favor, de él ha olvidado

El orgullo pasado
 Y el interés presente;
 Y á la afliccion en que lo encuentra atento,
 Del mal del hijo se encargó al momento,
 Sin alegar que al loco á quien ausilia
 Su ciencia, acaso de ayudar le eximen
 La honda desolacion, tal vez el crimen
 Que introdujo su amor en su familia.
 Porque la estraña soledad presente
 En que vive el doctor y que delata
 Un oculto pesar, es evidente
 Que tiene, aunque á ninguno esté patente,
 Del hijo del baron con la locura
 El mismo origen y la misma data:
 Aquella noche cuya historia oscura
 Con un misterio la de entrambos ata.
 Hé aquí por qué el baron, tan complaciente
 Encontrando al doctor, á la esperanza
 Volviendo á abrir su corazon, alcanza
 Mas halagüeño porvenir, y pone
 En el doctor su confianza entera,
 Y alegre á recibirle se dispone,
 Cual si su ciencia fuera omnipotente
 Y allanadora de imposibles fuera.

¡Oh miserable condicion humana
 Fácil en esperar lo que desea,
 Por mas que el fin de su esperanza sea
 Antojo fútil ó pasion villana!

V.

Llegó á la torre el doctor;
 Y saliéndole al encuentro,
 Guióle el baron por dentro
 De su dédalo interior,
 Hasta aquella galería
 En la cual el apartado
 Salon dó se habia encerrado
 Su hijo Don Carlos se abria.
 Al corredor al salir,
 Aquel golpear continuado
 De que el baron le habia hablado
 Comenzó el doctor á oír;
 Y reteniendo el aliento,
 Todo en oír absorvido,
 El carácter de aquel ruido
 Escuchó por un momento.
 Al cabo de él, dilató
 Sus lábios una sonrisa:
 Y hácia aquel rumor, gran prisa
 Mostrando, se adelantó.

Tras él echando: "aquí es"
 Dijo el baron señalando
 La puerta, á la cual llegando
 Dijo el doctor: "abrid pues."
 Oyó el baron con asombro
 Del médico la propuesta
 Y, para atajarle, puesta
 Una mano sobre el hombro,
 Díjole: ¡"olvidado habeis
 Doctor, que furioso está."?
 "Conmigo se amansará:
 Dijo el doctor: ya vereis.
 Dejadme entender á mí
 Con él, que estoy con los locos
 Hecho á tratar, y hubo pocos
 Con quienes no me entendí."
 Y puso el doctor la mano
 En la misteriosa puerta;
 La cual no aguardó á que abierta
 Fuera el viejo castellano,
 Sino que haciéndose poco
 A poco atrás, previsor
 Dejó con su hijo al doctor:
 Que aunque era su hijo era loco.
 Llamó el doctor, y al instante
 Abriendo una de sus hojas,
 Pareció en la puerta, rojas
 Las mejillas, el semblante
 Descompuesto, la mirada
 Vaga, la barba crecida,

Don Cárlos, de la otra vida
 Como fantasma evocada.
 Fijó en el doctor los ojos,
 Quien con mirada potente
 Comenzando los antejos
 A dominar del demente,
 Inundóle las pupilas
 Con el oculto flúido
 De las suyas desprendido,
 Limpias, tenaces, tranquilas.
 Y fuese que la influencia
 Del doctor le avasallara,
 O que en su mente escitara
 Su vista reminiscencia
 Poderosa, quedó el loco
 Ante el doctor fascinado,
 Atraído y dominado
 Siendo por él poco á poco.
 Tomóle el viejo la mano
 Sin que el mancebo opusiese
 Resistencia alguna ó diese
 Señal alguna de insano.
 Alejóle de la puerta,
 De hito en hito le dejó
 Contemplanle, hasta que vió
 Que iba su mirada incierta
 Concentrándose y calmando
 La espresion de su semblante
 Ante el que le está delante
 Sus recuerdos evocando;

Y cuando no tuvo duda
Del poder que en él ejerce,
Llamó para que le esfuerze
A la palabra en su ayuda.

Llevóle á parte buen trecho,
Cual queriendo recatar
Lo que le tiene que hablar
Del padre que está en acecho:

Y mientras el buen baron
Lo contempla hecho una pieza,
Metió el doctor con destreza
Al loco en conversacion;

Y poco á poco un recuerdo
Tras otro el loco hilvanando,
Fué poco á poco trabando
Conversacion con el cuerdo.

Pero dejemos, lector,
La narracion y escuchemos
Su plática: así podremos
Hilar el cuento mejor.

EL DOCTOR—DON CÁRLOS.

DOCTOR. —Ahora que nadie escuchar
Nos puede, hablad ¿qué quereis?

D. CARLOS. —¿Yo? nada.

DOCTOR. —¿Porqué me habeis
Mandado entonces llamar?

D. CARLOS. —¿Yo á vos? no por cierto.

DOCTOR. —¡Vaya!

Y la he dejado por vos
Sola.

D. CARLOS. —¿A quién?

DOCTOR. —¡Sea por Dios!

Si dais en tener á raya
La lengua. . . . acabad ¿no estamos
Solos? Lo sé todo.

D. CARLOS. —¡Todo!

DOCTOR. —Todo.—Aun duerme: mas del modo
Con que golpeais recelamos
Que pronto no ha de poder
Dormir.

D. CARLOS. —¿Quién?

DOCTOR. —¡Pues es donosa
Pregunta! ¿quién ha de ser?

¿Acaso dos puede haber?

Rosa.

D. CARLOS. —¡Silencio!

DOCTOR. —Es la cosa

Que necesitamos mas;

Pero con vuestro martillo

Haceis en todo el castillo

Un ruido de Barrabás;

De modo que por muy fuerte

Que sea su sueño, si así

Seguís dando ¡pesiamí!

Preciso es que se despierte;

Y como entienda el doctor

Que sois vos quien la despierta

Cuando él la supone muerta,

Vereis la que arma.

D. CARLOS. —Peor

Para él.

DOCTOR. —¿Porqué?

D. CARLOS. —Porque fiel

A mi secreto, primero

Que le sorprenda, prefiero

Matarle á mi vez á él

Como él á Rosa.

DOCTOR. —¿Pues no

Os dije ya que la ví

Y que dormía?

D. CARLOS. —Sí, sí;

Pero esa es la que hice yo.

DOCTOR. —¿Vos?

D. CARLOS. —Yo, y su ira es inerme

Contra esa que visteis vos;

El mató la que hizo Dios,

Pero yo hice la que duerme.

DOCTOR. —¿Conque hay dos Rosas?

D. CARLOS. —Sin duda:

Una que fué y que no es ya,

Y otra que pronto será

Por mí: mas la lengua muda

Tened, y que no lo sepa

Nunca el doctor, porque temo

Que haga con esta otro extremo,

Pues no le hay que en él no quepa.

DOCTOR. —Cierto: mas fiad en mí

Que jamás se lo diré;

Pero nunca imaginé

Que eran dos Rosas.

D. CARLOS. —Pues sí.

DOCTOR. —Debe de ser una historia

Muy linda.

D. CARLOS. —¿Vaya si lo es!

Y una historia que despues

Alcanzará gran memoria

En los fastos de la tierra,

Porque verá cuanto cabe

En poder de hombre que sabe

El que en su alma se encierra.

Será un milagro de amor.

DOCTOR. —¿De amor?

D. CARLOS. —Y de amor tan fuerte

Que sobre la misma muerte
Se ha de elevar triunfador.

DOCTOR. —Contádmelo.

D. CARLOS. —¿Y con qué objeto
Quereis que os lo cuente?

DOCTOR. —Yo
Os lo diré luego.

D. CARLOS. No:
No os lo cuento, es un secreto.

DOCTOR. —Guardadle: mas os diré
Francamente que saber
Quise esa historia, por ver
Si es la misma que yo sé.

D. CARLOS. —¿Qué sabeis vos?

DOCTOR. —Sé un portento
De amor, y de amor tan fuerte
Que pudo mas que la muerte.

D. CARLOS. —Contádmelo.

DOCTOR. —No os le cuento
Si el vuestro no me contaís:
Porque es un secreto mio,
Y haré muy mal si os le fío
A vos que no me fiáis
El vuestro. Cuento por cuento.

D. CARLOS. —Primero vos.

DOCTOR. —¿Y despues
Vos?

D. CARLOS. —Si.

DOCTOR. —¿Verdad?

D. CARLOS. —Si.

DOCTOR. —Consiento

En ello: escuchadme pues.

Amaba Cárlos á Rosa

Con un amor tan profundo,

Que Rosa formaba el mundo

Para Cárlos.

D. CARLOS. —Es verdad.

DOCTOR. —Y á Cárlos amaba Rosa
Con pasion tan verdadera,
Que el mundo de Rosa era
Solo Cárlos.

D. CARLOS. —Es verdad.

DOCTOR. —Cárlos era casi un niño,
Rosa era muger apenas:
Mas nutrido su cariño
Del campo en la soledad,
Creciendo desde la cuna
En su aislamiento constante,
Era ya un amor gigante
Su amor de niño.

D. CARLOS. —Es verdad.

DOCTOR. —Mas Rosa y Cárlos iguales
Uno á otro no nacieron:
Sus padres no comprendieron
Tal amor á tal edad;
Y juzgando que la ausencia
Su pasion disiparia,
Separáronlos un dia
Mal de su grado.

D. CARLOS. —Es verdad.